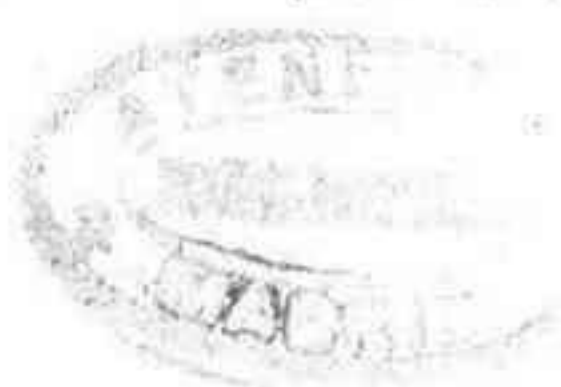




PLUMA Y LÁPIZ

Núm. 165



Chismografías parisienses

Noche Buena y Año Nuevo

QUE curioso espectáculo suele ofrecer París en la época de Navidad y Año Nuevo!

Supongamos que el frío es soportable, y que sin lluvia y sin nieve, sin fango y sin viento, los paseantes recorren los bulevares y las grandes vías, donde el pequeño comercio ha instalado grandes hileras de barracones para la venta de juguetes, frutas, pastas y confiterías de toda especie.

La gente menuda atraviesa la época del año más feliz para ella. Ninguno de ustedes será tan flaco de memoria que no recuerde con emoción la incomparable alegría que le causara, siendo niño, la posesión del juguete ó del dulce hallado en el misterioso zapato que habíamos puesto la víspera en la chimenea ó en el balcón.

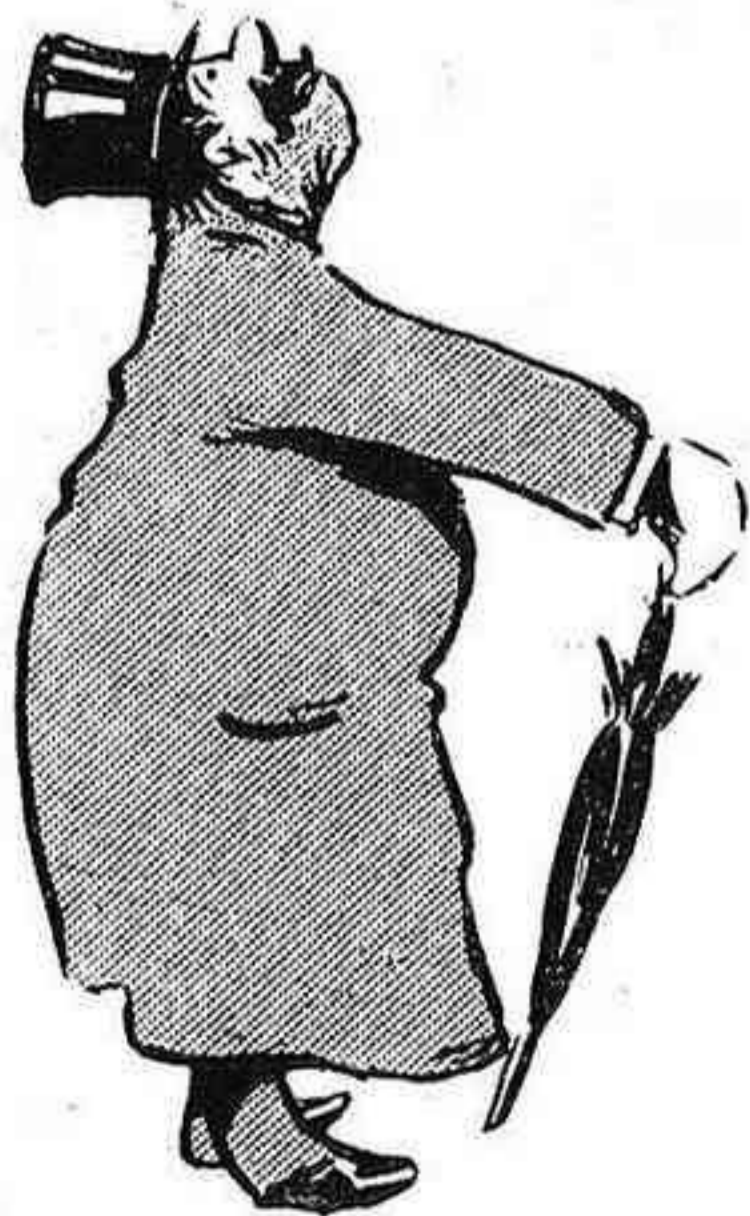
La gente grande también quiere sus aguinaldos; aguinaldos más ó menos útiles, más ó menos ricos.

Aquí han llegado á ser una *obligación social* los regalos de fin de año, y hay que elegir entre someterse á la costumbre ley ó romper con las relaciones contraídas. Dura ley que arranca más de un suspiro y crea más de un tremendo apuro.

Aparte de los regalos que las relaciones de la amistad imponen, hay que contar con un número infinito de aguinaldos más ó menos obligatorios. Hay que dar al portero, á los criados de la fonda, al mozo del café, al cartero, al repartidor de periódicos, á los niños de la patrona, al acomodador del teatro, al barbero, al vigilante nocturno, á los criados de los amigos, á todo el mundo. Porque todo el mundo pide; porque todo el mundo se cree en el *derecho de exigir* el aguinaldo.

* * *

La Noche Buena es aquí muy parecida á la que se celebra en España. Váse á la iglesia y cénase des-



pués de la misa del gallo. Pero así como en las poblaciones españolas la alegría trasciende á la calle, aquí se manifiesta de puertas adentro.

El que atraviesa los bulevares y observa que la animación no traspasa los límites de lo ordinario, no podrá sospechar la algazara que los parisienses mueven en sus casas ó en los sordos salo-

nes de los restaurants á la moda.

El Café Americano, la *Maison Dorée*, Peters, Weber, Maxim's, son puntos de reunión donde

se restaura el estómago á precios exorbitantes.

Cada uno de estos establecimientos ofrece materia para un curioso estudio de costumbres. En el salón general, cenan modestamente las mundanas que aun no han hallado un caballero que cargue con el gasto... y con ellas mismas. Alguno que otro vividor, que evita aquella noche el contacto femenino, por razones que él sabe, cena solitario y silencioso, dejando que se quiebren en su fría indiferencia las insinuantes miradas de las hijas de Eva que buscan momentánea ocupación.

Las parejas amorosas, las que aspiran simplemente á una noche de placer; las alegres comparsas que quieren rociar su alegría con Champagne; los tibios amantes que desean fortificar con el vino los lazos de un afecto que empieza á debilitarse; las bandadas de amigos que llegan dispuestos á echar una cana al aire; los neófitos que eligen tan señalada noche para pasar el Rubicón; todo ese mundo heterogéneo entra en gabinetes particulares. Gabinetes cuyo lujo y elegancia pueden competir con los *boudoirs* de las cortesanas de mejor gusto.

Todo allí es bello y seductor; tapicería de raso, doradas molduras, chimenea, piano, grandes espejos, soberbios cuadros, estatuas de bronce y de mármol, jardineras, plantas tropicales, agradable temperatura, suaves perfumes, lujosa sillería, blandos almohadones, elegantes lámparas proyectando esa difusa luz que da extraordinaria morbidez á los rostros femeninos, y la indispensable otomana donde tantos dramas íntimos tienen un dulce ó terrible desenlace.

* * *

Y mientras un mundo corrompido y corruptor se embriaga en esos sitios de placer, derrochando el oro que tantas lágrimas podría enjugar y á tantos desheredados podría socorrer; oro acumulado por el sudor de un padre ó usurpado á la pobreza misma, cuando no es el precio del vicio y de la prostitución; en desmanteladas bohardillas, donde se siente frío y angustia, donde reina eternamente la miseria, los hijos del infortunio celebran la Noche Buena con un pedazo de pan y un mal chorizo que les ha vendido al fiado el salchichero de la esquina.

¡Qué enorme es la distancia que media entre el primer piso y el sotabanco! ¡Qué abismo tan profundo separa esas dos esferas de la sociedad! ¡Cuánto le queda que hacer á la estirpe humana para establecer en el mundo el imperio de la justicia!

La fiesta de las fiestas es en Francia el día primero del año.

¿Hay otra que más tiente al cronista, cuando se manifiesta en todo París, ya en forma de bazares ambulantes, ya en forma de cascadas de oro y pedería, ya en forma de vastos almacenes, nuevos cuernos de la abundancia, de que la diosa Industria hace brotar los variados productos de la pastelería y todos los frutos de la tierra?

Si; esta es la fiesta que escala los más altos pisos de todas las viviendas, y á semejanza de los dioses más traviesos de la leyenda india, adopta mil encarnaciones para poner la pluma en todas las manos, echar tarjetas por debajo de las puertas todas, é interrumpir á todo trance, los más serios como los más frívolos negocios.

Este es el último día de fiesta de una época más positiva que sentimental, que va relegando al olvido con su fe antigua y sus tradiciones, las fiestas de su calendario.

En rigor, puede decirse que, exceptuando el día de Año Nuevo, el París moderno ya no tiene fiestas.

Michelet, el simpático y quejumbroso Michelet, se subleva contra el escepticismo dominante, y deplora en términos de conmovedora elocuencia la desaparición del conjunto de sentimientos populares que se condensaban en esta sentida y religiosa expresión: ¡un día de fiesta! Esto dice en la parte

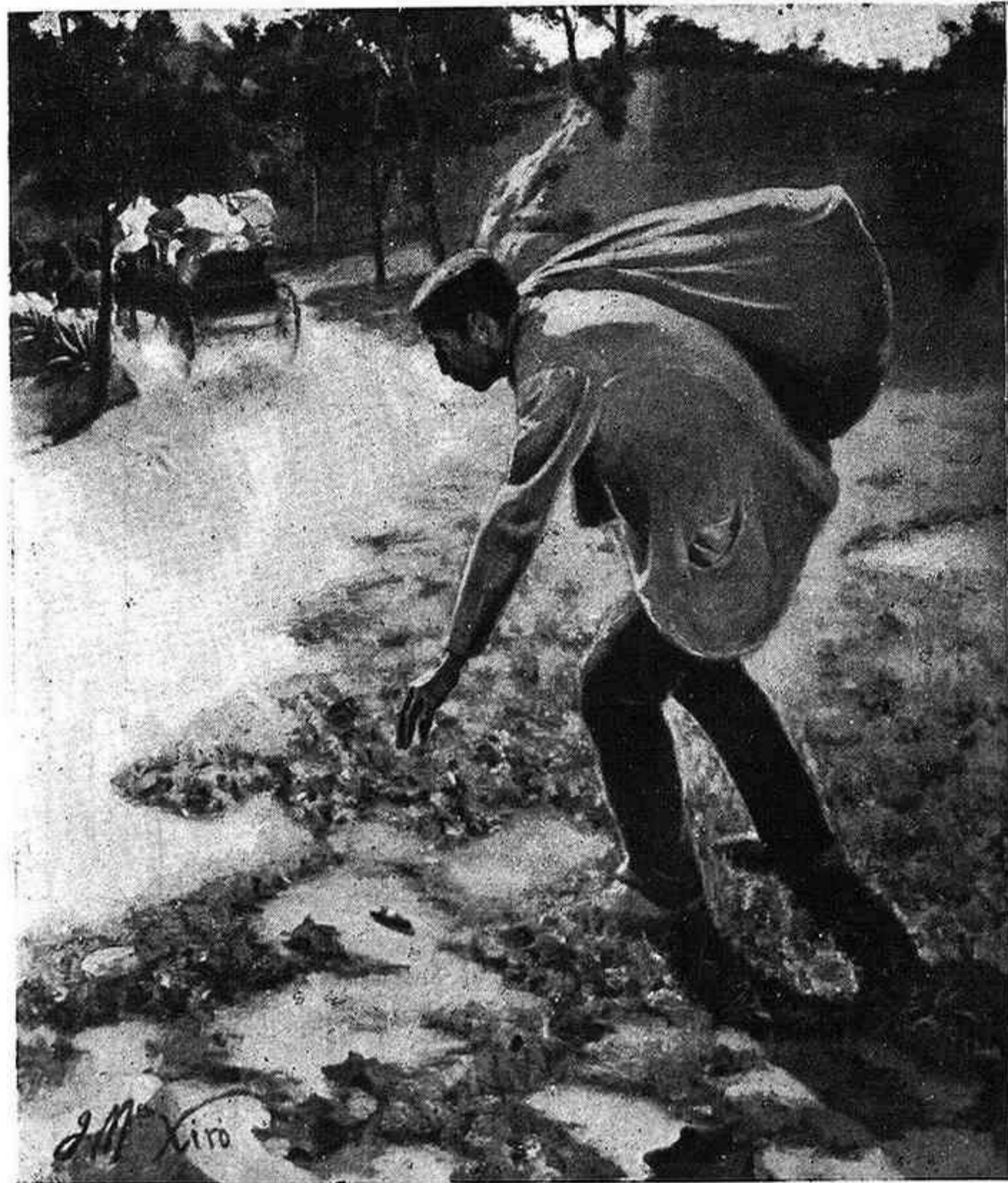
personal de su *Banquete*, libro póstumo, donde, más que en ninguna otra obra suya, se confunden la locura y la razón, y algo inexplicable que da á su prosa el acento de una voz dulce y misteriosa que habla al corazón: «La tristeza de mi alma, escribe el gran historiador del pueblo, proviene de que nunca tuve fiestas.» ¡Cuánta profundidad y cuánta melancolía encierra esta expresión!

¿Qué es una fiesta, más que la comunión de una raza entera en la satisfacción de una obra realizada ó la conciencia de un momento irreparable y definitivo? Fecha de una victoria nacional en los pueblos guerreros; descanso entre los trabajos de dos estaciones en los pueblos agrícolas; símbolo místico de alianza entre el mundo sobrenatural y el mundo terrestre en los pueblos piadosos, el día de fiesta evoca y renueva una hora para siempre inmutable en la veneración de los hombres, donde todas las almas se han confundido en un solo movimiento de heroísmo ó de esperanza.

Pero esta comunión de una raza entera, pero esta confusión de todas las almas en un movimiento único, ¿cómo ha de conmover al mundo moderno, esparcido en mil individualidades distintas, como se esparce una gota de mercurio, bajo el dedo que la oprime, en mil globulitos separados?

JUAN BAUTISTA ENSEÑAT

BELLAS ARTES.—CUADRO DE XIRÓ



...Que iba otro sabio cogiendo las hierbas que él arrojó.

NUESTROS NOMBRES

I

Sobre la arena grabó mi nombre
Y leve viento lo arrebató:
Quedó la playa serena y fría
De negra noche bajo el crespón.

Años más tarde, de su memoria
También mi nombre desapareció...
¡Como la playa, como la noche
Quedó sereno su corazón!...

II

Grabé su nombre sobre la nieve
Y al levantarse radiante el sol,
¡Letra por letra, gota por gota,
Como llorando lo disolvió!

Cuando su olvido me hirió en el alma
Borrar yo quise mi ardiente amor,
Y, sin embargo, cuando la nombro
Llora en silencio mi corazón!

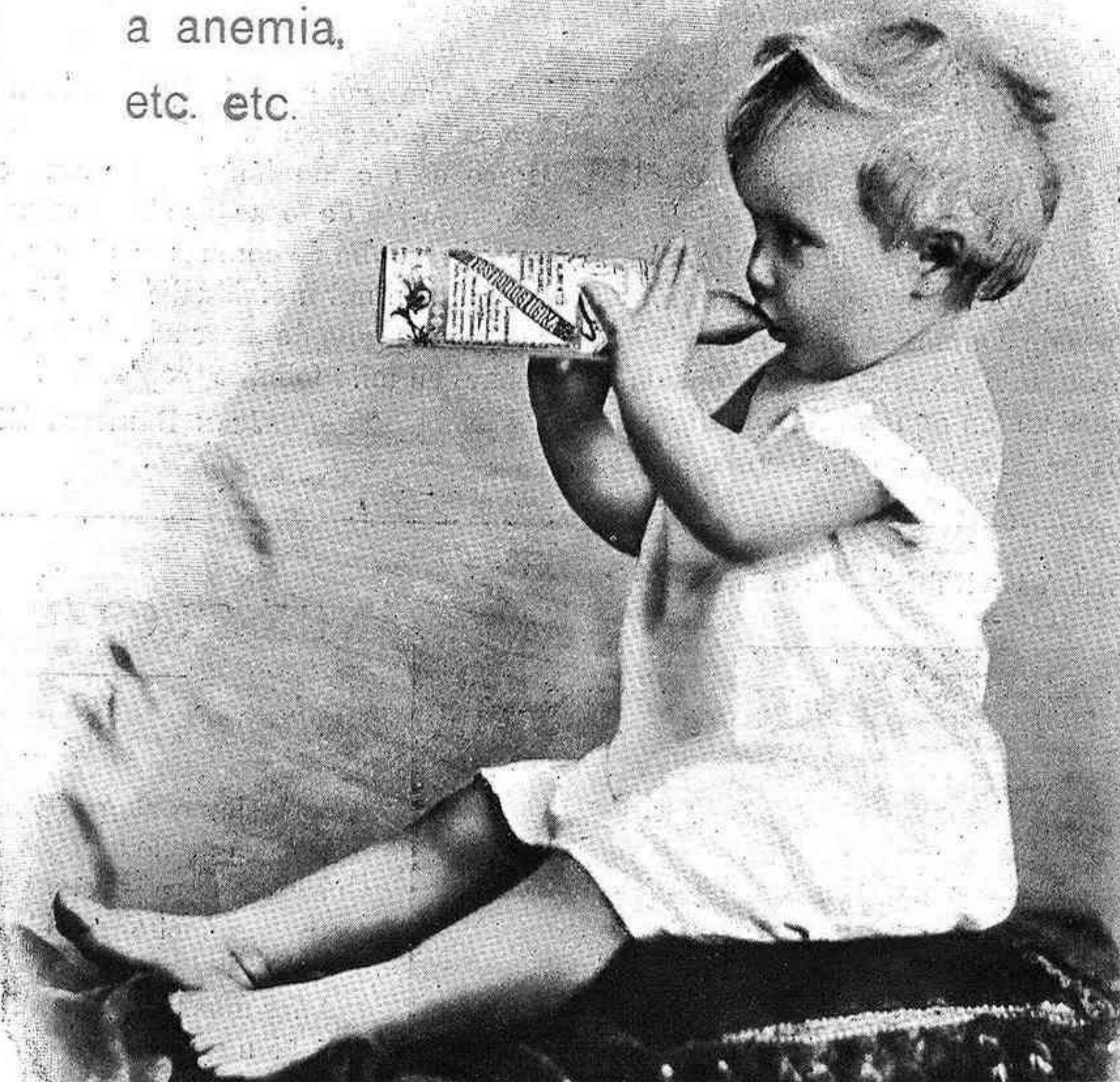
ADOLFO LEÓN GOMEZ

Colombia.

FOSFIODOGLICINA

de LEMOS & FILHOS

Cura o rachitismo,
as escrophulas,
a anemia,
etc. etc.



Depositos geraes: { LISBOA—V.^{to} Pimentel & Quintans—R. da Prata, 194
PORTO—Ph. Lemos & Filhos—P. de C. Alberto, 31

LA CAZA MORTAL

SOPORTANDO la temperatura harto fría de una tarde de otoño, estaban reunidos en torno de una mesita del café de la Paix siete ú ocho hombres de distintas nacionalidades, ingleses, suecos, norteamericanos y franceses. Distintos por su aspecto, tenían, sin embargo, todos ellos una como semejanza, que no provenía ni de sus facciones, ni del color de su tez ó de su pelo ni de la forma de sus cuerpos, pues unos eran de estatura casi gigantesca y otros más bien bajos que altos. Fijándose un poco y observando con cuidado, se advertía que aquella semejanza, que les daba cierto aire de familia, prove-

tir al día siguiente para reunirse á la expedición Charcot, que se dirigía al Polo antártico en demanda de la expedición Nordenskjöld. Unos habían explorado el Asia, otros el África; uno de los suecos mandó como teniente la expedición Peary á los mares del Sur.

Saboreando estaban sus cigarros y las copas de fino champagne, absortos en sus pensamientos, cruzando escasas palabras.

De pronto se detuvo un coche particular, tirado por dos soberbios steppers, junto á la acera. Bajaron de él dos señoras y al hacerlo se escurrió hasta



nia de la expresión resuelta, de la mirada clara, sostenida y dura que caracteriza á los hombres acostumbrados á mirar la muerte cara á cara, á correr serios peligros y á mandar á otros hombres.

Miraban, con bien poco interés por cierto, la ola humana que fluía continuamente de la plaza de la Ópera y boulevard de Italianos; las mujeres que pasaban lanzando ojeadas provocadoras, envueltas en sus largos abrigos, dejando en pos de sí una estela de aromas suaves ó penetrantes.

Aquellos hombres de rostro enérgico eran exploradores que acababan de asistir á un banquete dado en honor del comandante Gerlache, que debía par-

el suelo, lleno de barro, una piel de oso blanco que quedó manchada.

Larsen, el sueco, lanzó una exclamación tan enérgica, que sus compañeros le miraron asombrados.

—No me he podido contener viendo como caía esta magnífica piel.

—Poca cosa le conmueve á usted, Larsen,—replicó uno de los ingleses sonriendo.

—Es que involuntariamente he pensado al ver como se manchaba esa piel de oso en una caza que costó la vida á uno de mis mejores marinos.

—¿Se puede saber la historia?—preguntó Bor-

nier, uno de los franceses que había explorado el Sudán.

—¡Ya lo creo! Como que la recuerdo perfectamente.

Hizo una pausa Larsen y continuó así:

—Estábamos en nuestra segunda invernada más allá de la Bahía de la Muerte, esperando que empezara el disloque de los hielos para emprender el viaje de vuelta. Pero faltaban aún dos meses por lo menos y nos aburríamos de un modo abrumador si pasábamos á bordo todo el día. Nuestro buque estaba rodeado de un icefield cuyos límites no se veían. Hacia el extremo Norte la presión menos fuerte y uniforme había hecho surgir una verdadera cordillera de icebergs que se prolongaban hasta la Tierra de Francisco José.

Algunas veces habíamos hecho expediciones hasta aquellas montañas de hielo, en busca de caza para variar la monotonía de nuestra alimentación. Cobrábamos por regla general focas, liebres polares y alguna vez un oso blanco. Saben ustedes que esas expediciones son peligrosas, no tanto por la resistencia de las fieras como por los accidentes de aquel suelo traidor; pero precisamente el peligro era lo que nos atraía, pues la forzada inercia que duraba siete meses ya nos desesperaba.

Jacobsen, Pearl, Felden y yo, salimos una mañana armados de excelentes fusiles con su cuchillo-bayoneta y llevando provisiones para dos días. Avanzamos en derecha hacia la parte central de los icebergs, llegando después de siete horas de marcha al punto donde empezaban las desigualdades del icefield. Al cabo de una media hora de marcha estábamos en el centro de aquella cordillera de agua congelada. Jacobsen se encaramó á uno de los icebergs y examinó el desolado panorama. De pronto nos hizo seña que subiéramos á nuestra vez. Emprendimos la ruda ascensión y llegamos rendidos á la cima; pero el espectáculo que se ofreció á nuestros ojos pagaba con creces el cansancio.

Nevaba y no soplaban ni la más ligera brisa. A unos setecientos metros de nosotros había una manada de osos blancos que corrían y jugaban por un

espacio perfectamente plano, separado de otra cadena de icebergs por una profunda grieta de más de cinco metros de ancha. Las tremendas fieras tenían que pasar junto á nosotros para salir de la especie de valle en que estaban.

No se habían fijado en nosotros que parecíamos unos témpanos más de hielo cubiertos por la nieve de pies á cabeza, y la ausencia completa de brisa hizo que no pudieran ventearnos.

Jacobsen, excelente tirador, preparó el fusil y dijo:

—Vamos á darles una sorpresa desagradable,

Apuntó y disparó. Una de las fieras dió un salto, se revolcó por el suelo y quedó después inmóvil.

Los demás osos permanecieron un momento indecisos; pero guiados por el más enorme, se dirigieron hacia nosotros, no sé si para escapar ó para atacarnos. En la duda había que aprovechar el tiempo. Disparamos de nuevo los cuatro y no cayó más que uno de los osos. Volvimos á disparar y no cayó ninguno. Las fieras estaban á cincuenta pasos cuando hicimos fuego por tercera vez. Cayeron dos osos; pero uno de ellos, herido como estaba, continuó avanzando. De súbito oí un grito á mi lado. Jacobsen haciendo un brusco movimiento había resbalado y estaba á cinco pasos de los osos. En un instante estuvimos abajo y trabamos una horrible lucha; pero Jacobsen no podía ayudarnos. Aprisionado en mortal abrazo por el oso viejo, crujíanle los huesos cuando hundí mi cuchillo-bayoneta en la espalda de su formidable enemigo. Mis dos compañeros habían dado cuenta de los otros dos osos sanos y huía el herido en dirección al buque por el inmenso campo de hielo. Rematé al oso de un tiro. Pero por desdicha se había vengado antes de morir y Jacobsen tuvo que ser enterrado en las inhospitalarias regiones del Sur.

He ahí por qué, terminó Larsen, no he podido contener una exclamación de ira al ver como manchaban de barro una de esas pieles que quizá ha costado la vida de un hombre.

A. RIERA

Lo que no vuelve

Vuelve el calor tras el invierno frío,
el fruto vuelve tras de la fértil poda,
y en el rústico nido se acomoda
ave que vuela en ramaje umbrío.

Vuelve el arroyo á convertirse en río
cuando la lluvia torrencial lo enloda;
vuelve también despótica la Moda,
y con ella su insano poderío.

Vuelve la golondrina al campanario,
y vuelve el navegante á la ribera,
que del filial amor es relicario.

Vuelve á brillar festiva Primavera,
mas no el amor cubierto en el sudario
de hórrida duda y desconfianza fiera.

Auroras y noches

Por cada beso que le di á María
surgió una estrella en la región oscura,
porque fueron sus besos amargura,
el vil ropaje de pasión impia.

Lágrimas que por ella yo vertía
fueron antorchas de letal locura;
y sobró infierno á la traición impura
con que pérfida y cruel mi fe vendía.

Hastiado el corazón sin tregua llora
después que de alegría hizo derroche,
y el torpe engaño, á su pesar, deplora.

La flor de la confianza cerró el broche;
Si tuve noches de color de aurora,
hoy tengo auroras de color de noche.

FEDERICO FLORES GALINDO

Callao (Perú).



Surge á veces en el llano
y en la loma á veces brota
susurrando mansamenté,
como de una arteria rota,
cristalino manantial;
manantial inagotable
cuya linfa fresca y pura
se desliza misteriosa
bajo arcadas de verdura
como sierpe de cristal.
Danle sombra con sus ramas
los arbustos de la orilla,
y despliega ante sus plantas
la balsámica gramilla
su magnífico tapiz.
Ya se vuelca en un ribazo,
ya se arrastra en una hondura
ya parece, desde lejos,
en la faz de la llanura
misteriosa cicatriz.
Pero avanza, siempre avanza
deja el llano, cruza el monte
y al murmullo de sus pasos
se va abriendo el horizonte
como el velo de un altar;
lo saluda el ave errante
con dulcísimos gorjeos
y le cuenta el aura tímida
sus amantes devaneos
á la luz crepuscular.
La onda leve se agiganta,
su rumor se torna en grito,
como el pecho que fermenta
la ansiedad del infinito,
la inquietud del porvenir;
y creciendo, y avanzando,
el raudal se torna en río,
y va el río tumultuoso,
impetérrito y sombrío,
con el mar á combatir.
¡Así nacen las ideas,
manantiales de onda pura:
las ideas que no tienen
más escudo ni armadura
que el escudo de su fe.
Pero avanzan silenciosas,
se retuercen, forcejean,
y se allanan las montañas,
y los páramos chispean
á los golpes de su pie.

OLEGARIO V. ANDRADE

República Argentina.

—¿Qué me habrá querido decir con eso aquel imbécil....?

SUDOMA

(CUENTO)

En el distrito de Pskov hay un pequeño río, Sudoma, y á las orillas de este río dos montañas, una frente á la otra.

Sobre una de estas montañas había antiguamente un pequeño pueblo, Vichgorodok.

Sobre otra montaña juzgaban, en otras épocas, los slavos.

Cuentan los ancianos que, en el antiguo tiempo, desde el cielo á aquella montaña bajaba una cadena, y que el justo podía tocar aquella cadena, inaccesible para el culpable.

Un hombre pidió dinero á otro,—refiere quien lo sabe,—y el deudor negó su deuda; él y el acreedor fueron llevados á la montaña, y allí recibieron orden de tocar la cadena.

El acreedor alzó la mano y la tocó.

El otro, más claramente, el deudor, era cojo. Lamentándose alargó su muleta, para con más facilidad llegar á la cadena; llegó á ella, en efecto, y consiguió tocarla, lo cual admiró á todos. ¿Cómo el uno y el otro podían tener razón?

Consistió aquello en que la muleta era hueca y el tramposo había colocado el dinero en su interior.

Cuando alargó la muleta, ésta contenía el importe de la deuda, y con el pensamiento devolvía lo suyo al acreedor.

He aquí cómo pudo asir la cadena, y he aquí de qué modo pudo engañar á todo el mundo.

Pero, á partir de aquel día, la cadena ascendió al cielo para no volver á bajar.

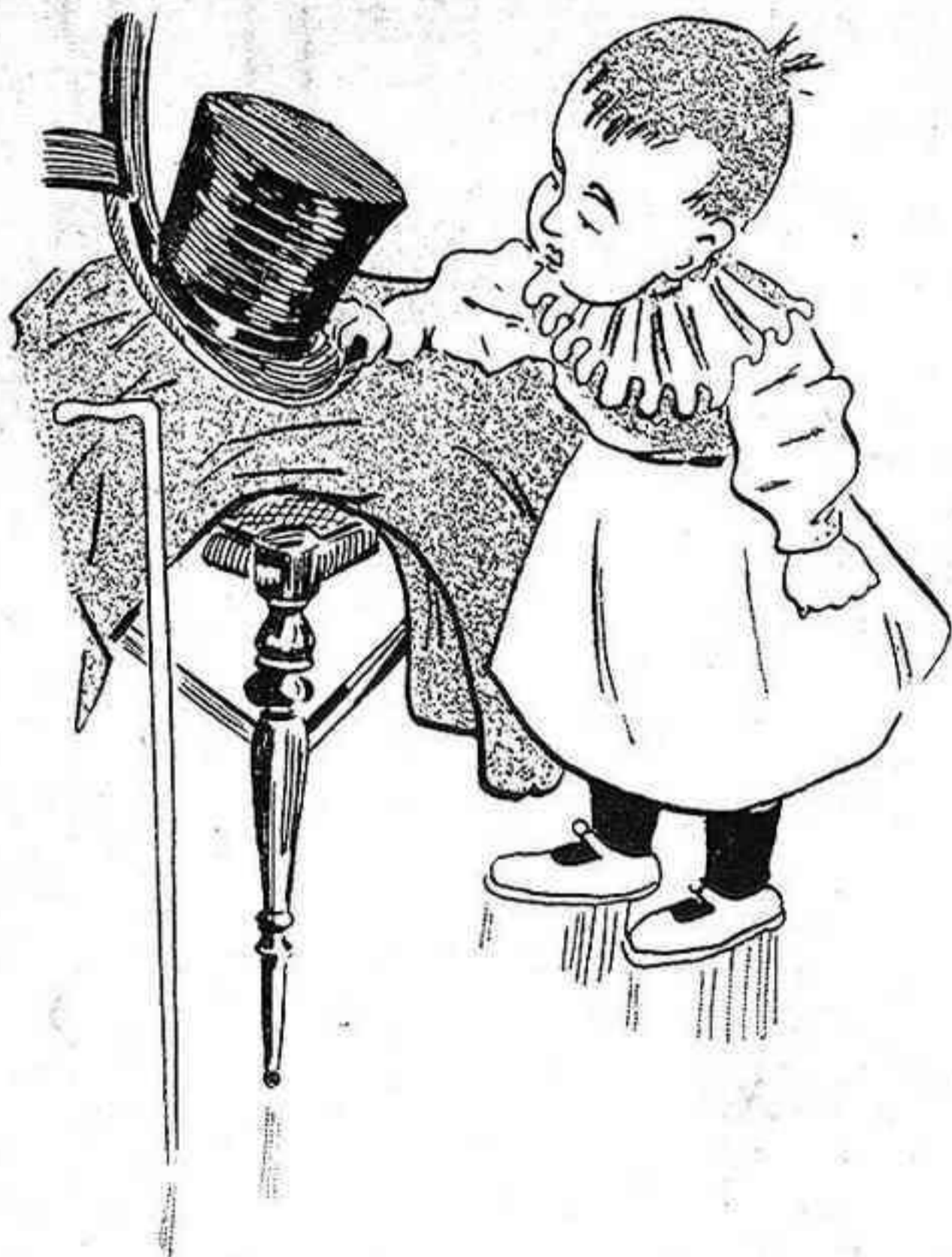
Por lo menos, así lo afirman los antiguos.

CONDE LEÓN TOLSTOY



FANTASIA MEDIOEVAL, POR POVEDA

EL SOMBRERO, POR ORTÍZ



1—¡Calle! Qué tubo tan negro, ¿qué será?



2—¿Para qué servirá esto? ¿para...?



3—¡Ah! Ya creo recordar...



4—¡Claro! Sirve para sentarse encima.



5.—¡Cataplum!



6—Pues no, no sirve para sentarse.



LA SALSA DEL BESUGO

(Cuento de Navidad)

I

EL cielo estaba muy negro y la tierra muy blanca. El aire hacía estremecer las ramas de los árboles, que en sus sacudidas se desnudaban de la nieve cobertora del monte y la llanura.

Aquel panorama gris parecía un cliché de mal aficionado al arte de Daguerre...

Los gorriones, en oscuros bandos, volaban indecisos al no encontrar sustento por parte alguna del paisaje tan blanco.

Poco á poco fué tendiendo la noche su manto de escarcha, y en aquel pueblecillo de la sierra sólo se escuchó el ruido lejano de zambombas y rabeles, rumor de risas y el aullar de lobos, asustados por las hogueras de las majadas donde los pastores se disponían á preparar las legendarias migas...

En la última casucha del arrabal, una pobre madre esperaba con sus chiquillos la llegada de Pepe, el arriero desperdigado por esos caminos de Dios, en la noche más celebrada de todo el año.

—Madre, ¿cuándo cenamos?

Se aventuró á decir el arrapiezo mayor, en quien la obediencia y el apetito reñían ruda batalla.

—¿Cuando venga padre!

—¿Y si no viene?

Preguntó el chiquitín, abriendo su boca aterciopelada y mirando al hogar, donde se cocía, en elíptica cazuela, el clásico besugo en un lecho de pimentón y aceite.

—Si á las diez no está aquí, cenaremos.

Y ante aquella seguridad de satisfacer el apetito, los pequeñuelos callaron, saboreando *in mente* las castañas cocidas por el glou-glou del agua cuyo vapor hacía levantar la tapadera.

El viento frío, al bajar por la chimenea colosal, soplabla la luz del candil, prolongando su chorro de humo incitante á la tos... Las campanadas del reloj del pueblo sacaron de su mutismo á los niños de la familia que en breve terminó la colación, dejando como recuerdo restos de espinas flotantes en gelatinosa salsa...

II

—¡Envido!

—¡Quince más!

—¡Órdago!

—¡¡Quiero!!

Y al volver la grasienta baraja del mesón, vió Pepe que había perdido, teniendo que satisfacer el importe del *morapio* jugado.

De mal humor levantóse de la banquetta, apuró la jarra y con un «¡Que Dios guarde!» echó á andar hacia la cuadra, saliendo detrás de sus pollinos, hollando el tapiz de nieve que cubría la carretera.

Horas después, llegaba Pepe á su casa en lamentable estado alcohólico, como siempre sucedía cuando la caminata era larga.

—¡Abre!—gritó el arriero, y Pilar, que estaba vigilando, cumplió la orden sin atreverse á recri-

minarle por el retraso intempestivo en noche tan indicada.

El recién llegado cayó pesadamente sobre el banco de la cocina, donde, al calor de sarmientos que aun chisporroteaban, se quedó dormido.

III

Al despertar Pepe, presentóse á sus ojos la cazuela del pescado, y el recuerdo de no haber comido de *aquello*, torturó la gula del arriero, quien, indeciso aun, se dirigió á las habitaciones interiores para exigir á su mujer cuenta estrecha de lo que él creyó descuido imperdonable.

—Te he dicho que voy á romperte algo y...

—¡No seas así, hombre!

Exclamó la infeliz atemorizada por semejante amenaza cumplida con harta frecuencia.

—¡Yo lo gané! ¿sabes, Pilar? Y quiero comer de todo, ¿entiendes tú? de todo.

—¡Si ya has comido!

—¡Mentira! ¿Por qué no me guardaste el besugo de anoche? Di, ¿por qué?

Y ya iba á descargar un golpe sobre el delicado cuerpo de la campesina, cuando ésta, con una sonora carcajada, desconcertó completamente la actitud hostil del arriero.

—¿Ves cómo te sienta mal el vino?

—Te digo que no comí de aquello. Ni lo probé tan siquiera, ¿sabes?

—Si, Pepe. Es que no recuerdas. Mira; anoche, antes de echarte á dormir, te engullistes más de la mitad del besugo.

—Te digo que no, que no y que...

La obstinación del arriero iba á concluir como siempre, cuando Pilar, sonriente, con esa superioridad que presta la inteligencia sobre la fuerza física, dijo á su marido:

—¡Pásate la lengua por los labios, hombre!

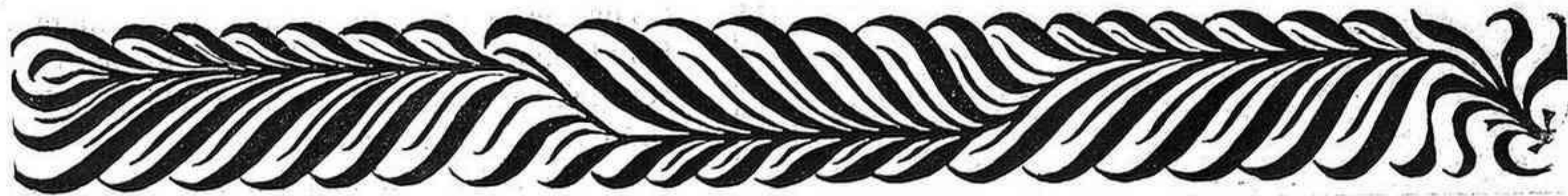
Y al hacerlo así, Pepe, quedó extrañado, dibujándose en sus facciones la admiración más grande al notar que, efectivamente, ¡sabían á besugo!

IV

Ha transcurrido mucho tiempo, y aun no se explica el arriero cómo sabían sus labios á besugo, cuando precisamente no lo probó aquella *Noche-Buena*.

En cambio, su mujer, al hablar de semejante episodio, sonríe maliciosamente, recordando la estratagemata de que se valió para evitar un disgusto, porque al ver dormido á Pepe, ella, con presteza cogió una miga de pan, y empapándola en la salsa del pescado, humedeció los labios del alcoholista, mientras el aire helado silbaba allá fuera, y el candil despedía chorros de humo compacto y negro, que hacía toser...

E. PELÁEZ MASPONS



UNA NUEVA DEVOCIÓN

San José de la Montaña



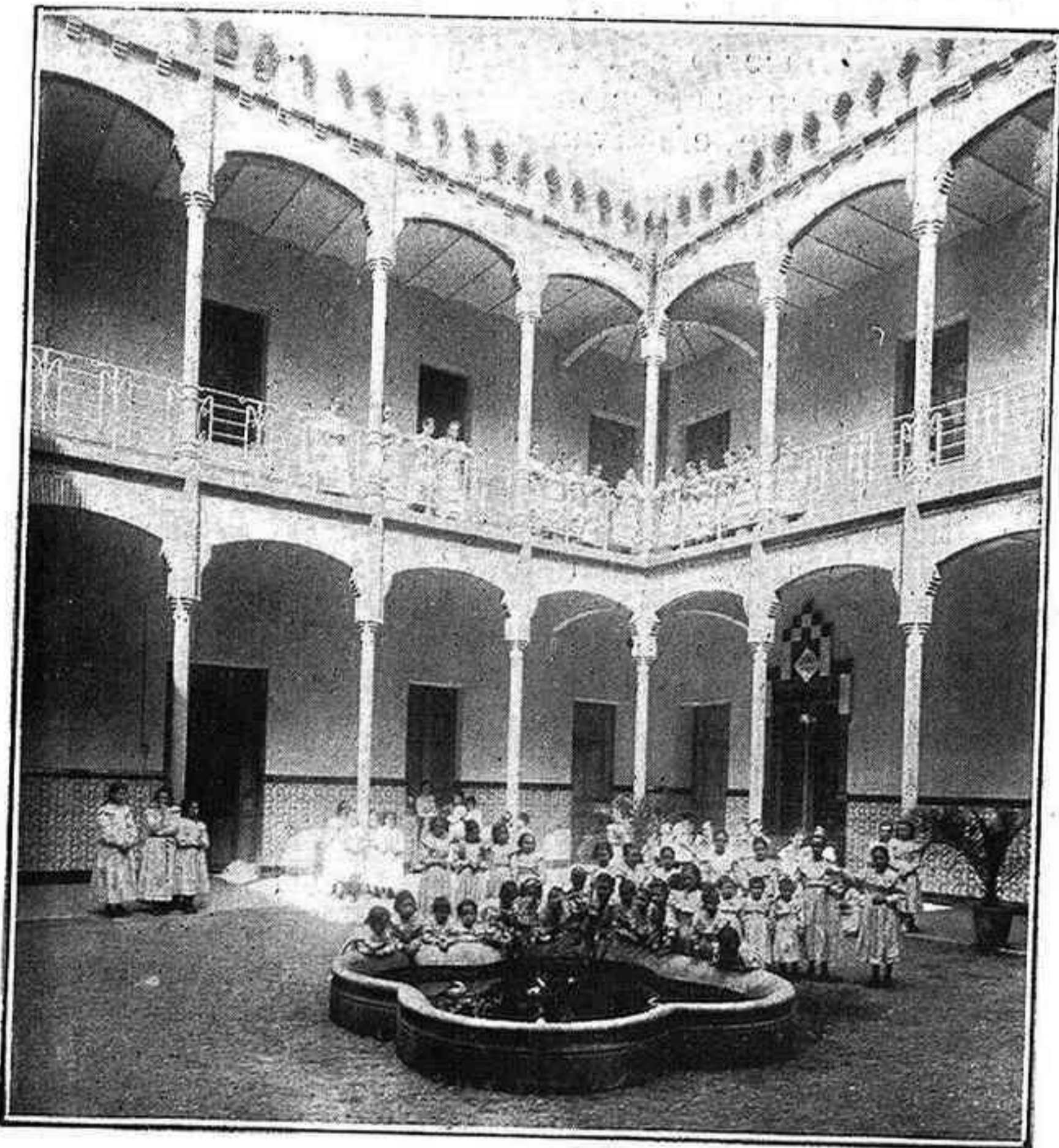
De algún tiempo á esta parte, en Barcelona y aun fuera de ella, la gente religiosa ha puesto en moda una devoción novísima que tiene mucho de poética: la de San José de la Montaña.

En los altos de la capital, próximo á los Josepets, enclavado en una montaña desde la que se domina todo el llano con su mareante vida, se halla situado el asilo que bajo la advocación del santo carpintero, comenzó por ser un modesto refugio de niñas pobres y ha llegado, merced á

la caridad barcelonesa, á ser un suntuoso edificio al que acuden diariamente miles y miles de personas atraídas por la relación frecuente de los portentosos milagros realizados por su santo patrón.

No hace muchos años, se inauguraban las obras del asilo y nadie entonces hubiera podido imaginar el enorme desarrollo que más tarde había de obtener.

Indudablemente, la fe transporta las montañas y la fe ha sido la que ha amontonado en la de San José los elementos necesarios para convertirla en nuestra capital en algo así como es Lourdes francés. Hay que asistir á las romerías que mensualmente se verifican al santuario para convencerse del gran caudal de religiosidad que guarda el pueblo en lo más íntimo de su ser y á despecho de todas las predicaciones que en su contra se hagan. Hoy la montaña de San José es un sitio de peregrinación como los más célebres de España y ante la imagen milagrosa se postran miles de fieles con la misma unción que se postran ante Nuestra Señora de Montserrat, del Pilar de Zaragoza, ante el sepulcro del



EL PATIO PRINCIPAL



HORA DE CLASE

apóstol Santiago en Compostela, ante la imagen de San Antonio en Padua, ante la de San Ignacio en Loyola, ante la de San Francisco en Asis y ante la de nuestra insigne compatriota Santa Teresa de Jesús en Alba de Tormes.

El secreto del éxito creciente de esta devoción está en los milagros que se dice realizados por intercesión de la imagen merced á las súplicas á ella dirigidas mediante una carta «aquella carta prenda de una súplica constante, de una petición continuada, de un ruego no interrumpido ni de día ni de noche que se ofrece á San José para que él á su vez, enderezándola, si está ladeada, la presente á Jesucristo y nos obtenga gracia y misericordia.»

Hoy toda persona devota que desilusionada de los recursos mundanales llega á poner sus ojos en lo divino, recurre al sistema de llevar su petición escrita á los pies del Santo de la Montaña, lleno de confianza y fe en lograr sus propósitos. ¡Se cuentan tantos favores realizados por intercesión de San José!...

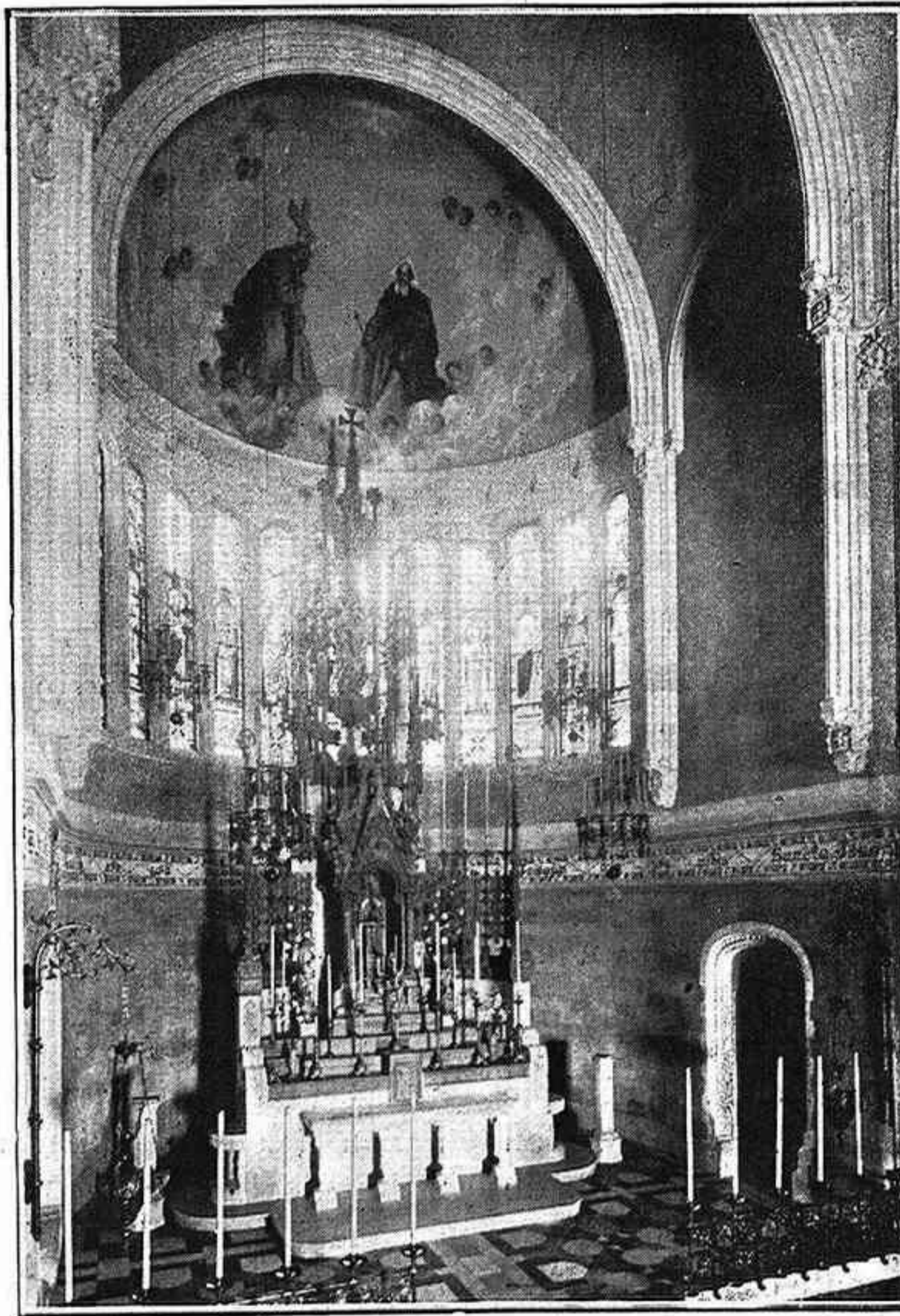
«Acudan — decía en cierta ocasión un ilustre y

sabio sacerdote—acudan á este santuario y póstrense humildemente ante la bendita imagen de San José grandes y pequeños, sabios é ignorantes y principalmente los que padecen, los que sufren, los que lloran, en la seguridad de que sentirán de-

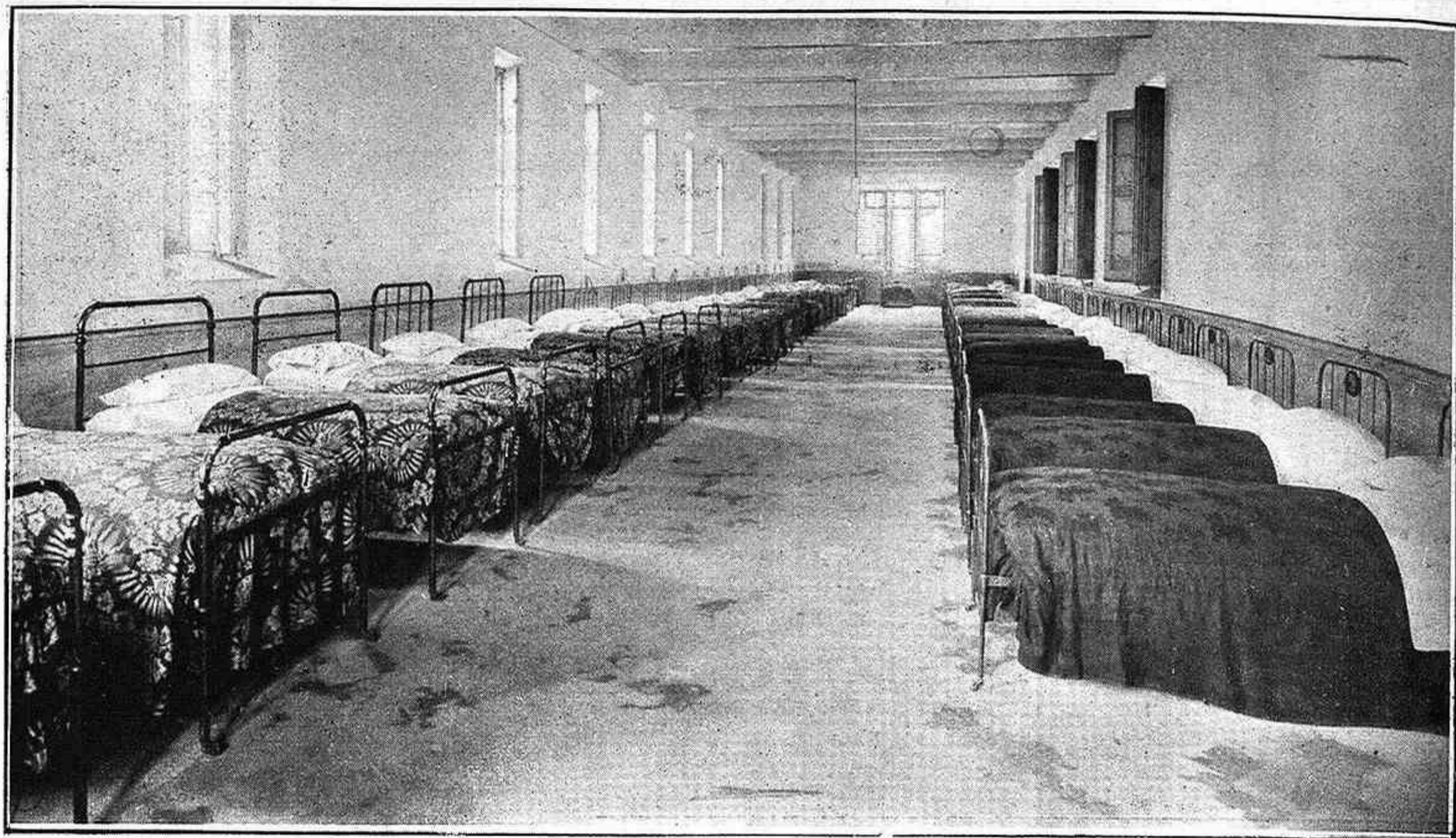
rramarse en su corazón un bálsamo suave que les infundará nueva vida y endulzará todos sus desconsuelos y amarguras.» Y efectivamente, la gente acude llena de fe al santuario y sale de él confortada.

Para que nuestros lectores calculen el creciente incremento y portentoso desarrollo de esta devoción de moda, sólo diremos que todos los meses al domingo siguiente de cada día 19, en que se verifica la cremación de las cartas, estas ascienden á más de 3.000 y el número de personas que presencian la operación se calcula siempre de ocho á diez mil, que invaden todos los sitios y hasta los últimos rincones del grandioso edificio á fuerza de limosnas y verdaderos milagros levantado y del cual son reproducción fotográfica los adjuntos grabados.

Alma de esta fundación, cada día más potente y



LA IGLESIA



VISTA DE UNO DE LOS DORMITORIOS DEL ASILO

venerada es sin duda la devotísima Madre Petra, dama de grandes virtudes, tenacidad asombrosa, claro juicio y extremada piedad. Del temple de aquella célebre Ernestina Manuel de Villena que tanto trabajó para que el Corazón de Jesús tuviese en Madrid un templo donde se pudieran refugiar sus adoradores, la Madre Petra bajo una dulzura andaluza propia de las grandes místicas, posee una inflexibilidad de carácter, en cuanto con la devoción y gloria de San José se relaciona, que puede asegurarse que en la montaña vecina no se ha movido una sola piedra sin su aprobación, iniciación ó consentimiento.

Al propio tiempo, la fundación—donde se alberga un centenar de niñas huérfanas—cuenta con un verdadero talento, un gran corazón y una actividad pasmosa, condiciones que completan las nobles virtudes del reverendo Padre Ignacio de San José Verdós, persona muy distinguida y que se ha puesto por completo al servicio de la Pía Unión de San José de la Montaña, con éxito asombroso, pues no es tarea fácil el llegar á obtener el resultado que con asombro general se ha logrado, según pueden atestiguar cuantos han conocido los comienzos de esta institución.

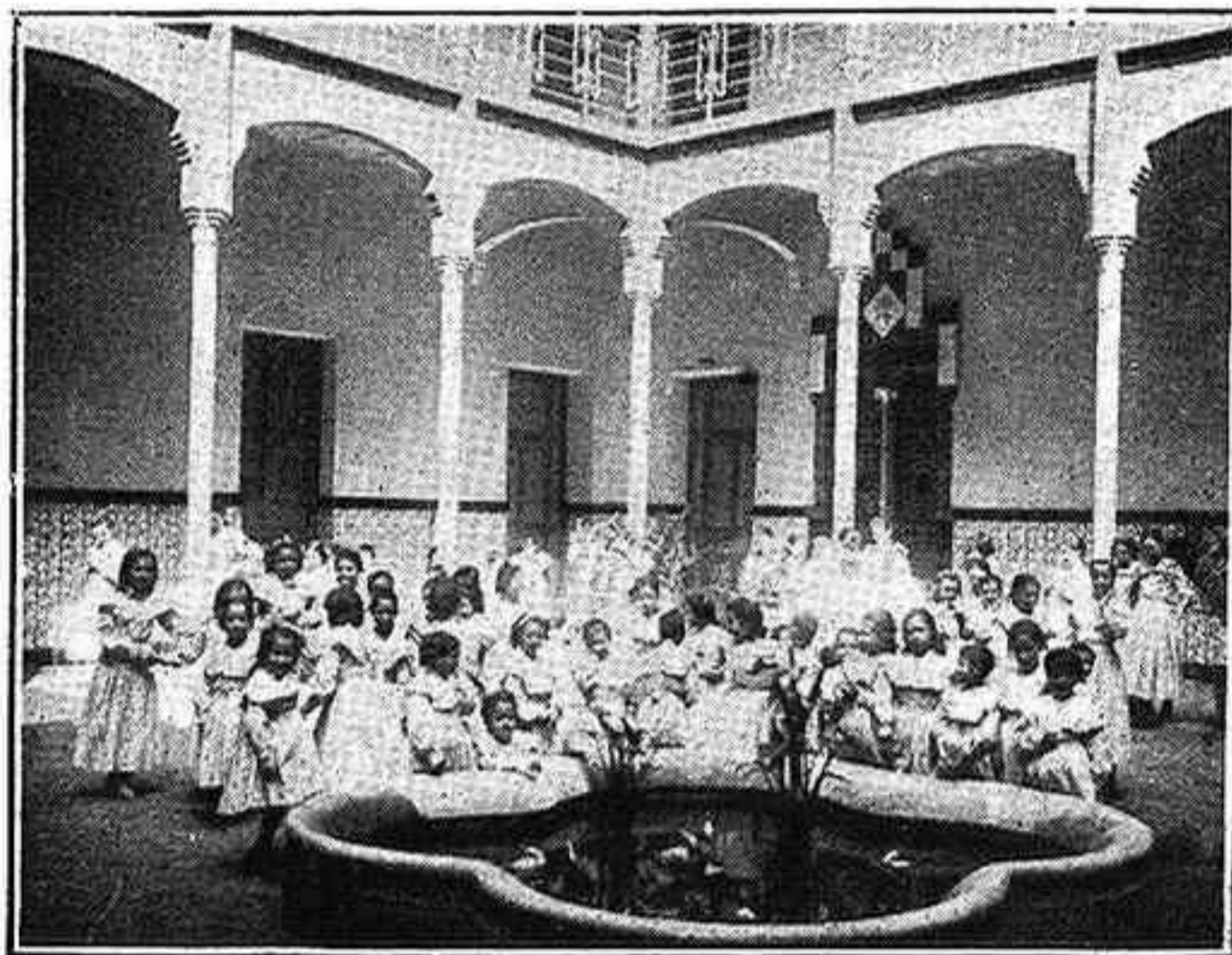
«Hoy—como decía sentidamente el señor Jordá— en este Sagrado lugar se abre diáfano el corazón del devoto de San José, porque la gran divinidad y

belleza artística de su templo superior; la severa sencillez del templecito inferior, la majestad y atractivo de sus sagradas imágenes constituyen realmente una fragua que abrasa inmediatamente el alma de cuantos á sus sagrados altares se acercan.

»Hoy constituye la Montaña de San José un Santuario que la pureza de los prodigios hace grande y célebre; un lugar que edifica el alma porque allí se ven á menudo hombres sin fe, que la sola presencia de la Sagrada Imagen ha herido tan vivamente su corazón, que sale del templo compungido, arrebatado por su amor y transformado en un verdadero cristiano. Portentos de fe y devoción se hacen ostensibles todos los momentos; las heridas del alma que en el mundo no tienen remedio van las gentes atribuladas á curarlas en San José de la Montaña; porque San José es pródigo hasta lo inconcebible, y las gracias celestes las derrama Dios por sus manos á torrentes; el menesteroso halla espléndida provisión en su precaria suerte;

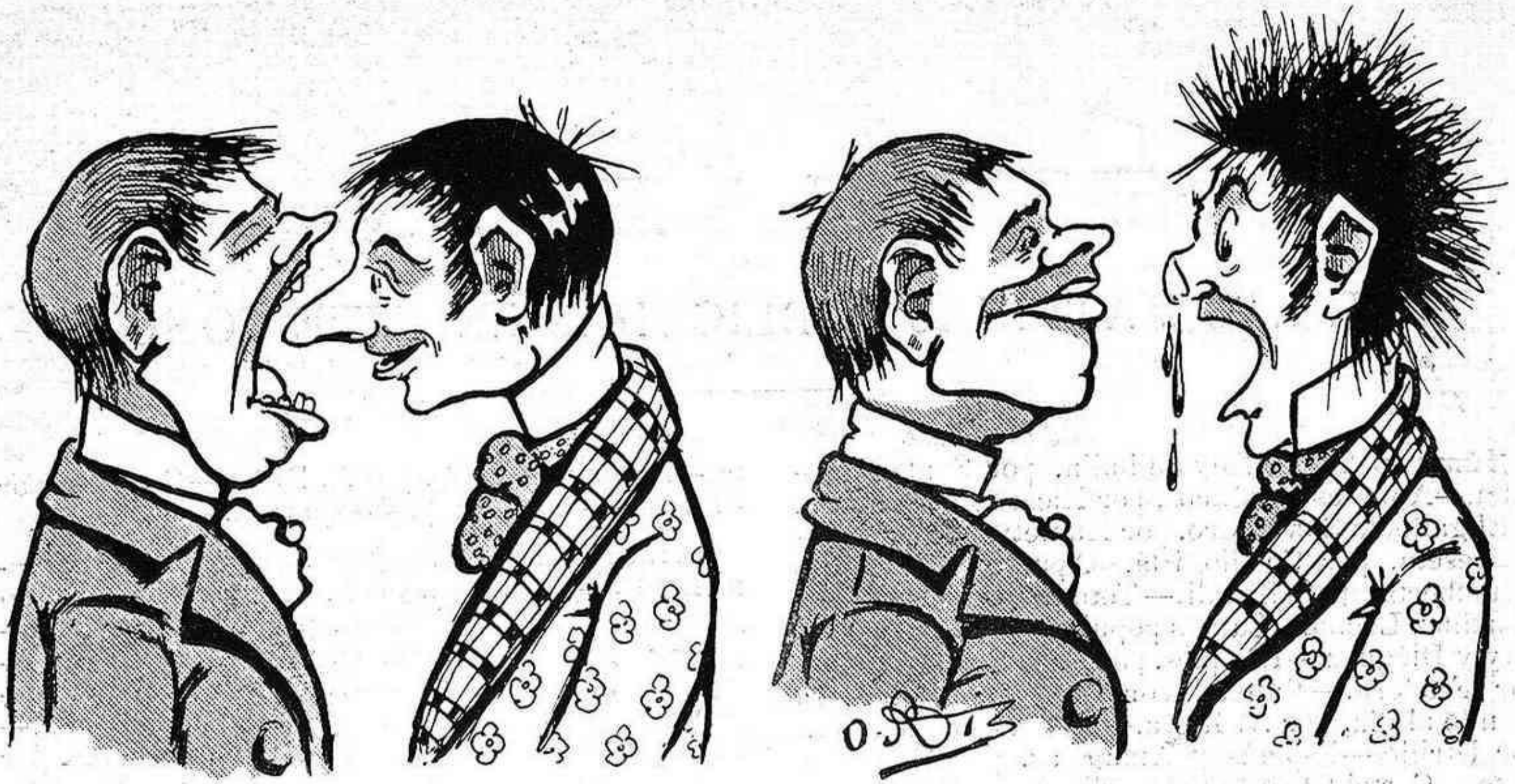
el enfermo sana sus dolencias; los padres, los esposos, los hijos que lloran la pérdida de un sér querido hallan el consuelo que necesitan; es, pues, San José, el principal remedio que podemos esperar de Dios, porque después de la Virgen es el más poderoso Agente que ha nombrado en la tierra para que lo distribuya entre la humanidad doliente.»

(Fot. de Ramos y Cobos.)



LA HORA DEL RECREO

el enfermo sana sus dolencias; los padres, los esposos, los hijos que lloran la pérdida de un sér querido hallan el consuelo que necesitan; es, pues, San José, el principal remedio que podemos esperar de Dios, porque después de la Virgen es el más poderoso Agente que ha nombrado en la tierra para que lo distribuya entre la humanidad doliente.»



—Veamos, amigo... me parece que tiene usted algún desperfecto en la mandíbula... Cierre usted la boca...

—¡Ayyy...!

Pluma y Lápiz

EN 1904

Nuestro semanario, desde el próximo número con que se inaugurará el año, sufrirá grandes y radicales reformas, que no dudamos por un momento serán bien acogidas por los asiduos abonados y el público en general, por cuanto aquellas tienden á convertir el periódico en una verdadera **ilustración popular** con todos los alicientes de este género de publicaciones, entre los que figura, como más importante, su precio, que será de **10 CÉNTIMOS**.

Los periódicos modernos deben tender sobre todo á popularizar los productos del ingenio por lo que de amenos, instructivos y educadores tienen, y este fin no se logra con publicaciones de lujo sino con publicaciones baratas, sin olvidar, no obstante, el que resulten con todos los atractivos que constituyen la prensa moderna.

PLUMA Y LAPIZ, creyendo, pues, hacer una evolución favorable, constará desde el próximo número de **12** páginas—como en sus comienzos tuvo—de excelente papel, cuajadas de grabados y trabajos literarios, de actualidad y curiosos, modas, música, novelas, historietas, caricaturas, fotografías, obras de arte, etc., etc., al precio de **10 CÉNTIMOS**.

Confiamos en que no veremos defraudadas las esperanzas que fundamos en este radical cambio de **PLUMA Y LAPIZ** y que el público, en cuyo obsequio lo realizamos, sabrá corresponder á los esfuerzos y gastos que aquél supone.

Y ahora, Dios sobre todo, y feliz salida y entrada de año.

SUMARIO

DE LAS MATERIAS PUBLICADAS EN ESTE TOMO

Número 114.—Rey de Italia, por Santana Bonilla.—Apuntes filatélicos, por Ricardo S. Antonio.—El gallo de San Pedro, por Xumetra.—La primera peseta, por Cecilio Plá.—Apuntes del suceso «Humbert», por Lavall.—Totum revolutum, por Martínez Lecha.—Cantos populares de Galicia, por Tuy y Diéguez.—Los pies, por F. O. S.—Reflexión, por Fradera.—Vanda Worhisoff, fotografía.—El mundo al día, por A. Riera.—Fiate de centauras..., por Utrillo.—Espigas y Amapolas, por Filomena Dato.—Cartel (El resto del Carlino), por V. Magani.

Número 115.—Portada, por Utrillo.—Montecarlo; Príncipe y princesa; Sala de ruleta; Fotografía.—Una partida de monte, por Cidón.—Los juegos de niños, por el marqués de Valdegamas, ilustrado con fotografías de Ramos y Cobos.—El tute, por J. Fernández Bremón, ilustrada por Serra y Pausas.—Cobrar el barato, por Manuel del Palacio.—Golfos y pilluelos jugando al pi-pi; fotografía.—El billar, por X. y Z.—Alfonso XIII en el salón de billar; fotografía.—La lotería antigua, por Carlos Frontaura, ilustrada.—La lotería de Navidad, por Fradera.—El tresillo, ilustrado.—Los caballitos; Las cucas, por Moreno Godino, ilustrado por Moreno Durán.—Los juegos de sport, por Marcelino Sanz, ilustrado con fotografía.—Los juegos inocentes, por Luis Taboada, ilustrado por Karicato.—Lotería casera, historieta, por Tovar.—El salta, ilustrado.—Juegos olímpicos, ilustrado por Diéguez.—Juego de cañas, ilustrado por Serra y Pausas.—La bolsa; fotografías.—El juego de pelota, por Edmundo de Amicis, fotografías.—¿A qué juegan ustedes?, por Vehils.—La lotería nacional, por M. Ossorio Bernard; Fotografías.—Cuento baturro, por Gascón.—Los croupiers, por Juan Valero de Tornos, ilustrado por Cidón.—Juego de ojos, ilustración de Moreno Durán.—El ajedrez y sus campeones; Naipes catalanes, por Fernando Gómez, ilustrado.—Naipes artísticos alemanes, de Julius Díez.

Número 116.—Comandante Humberto Cagni; Fotografía.—Cuento baturro, por Gascón.—Artistas en la intimidad, por Manuel Carretero, ilustrado con fotografías.—Soneto, por Horacio F. Rodríguez.—El mundo al día, por A. Riera.—El doctor Quirino Costa, ilustrado con fotografías.—Un libro importante, *La Estrella Polar*, ilustrada.—Solemnidad religiosa, ilustrada con fotografías.—Totum revolutum; por Martínez Lecha.—Un encarguito, cuento, por Gascón.—Música descriptiva.—Cuento, por Cátulo Méndez.—Pietro Bortolotti (cartel).

Número 117.—Portada, fotografía.—La consigna, historieta, por Tovar.—Para abrigo la capa, poesía, por Manuel Ramos Carrión.—El sultán de Marruecos, fotografía.—Totum revolutum, por Martínez Lecha.—Juan Borrás de Palau, fotografía.—Soneto, por C. Ossorio y Gallardo, orla de Puig.—Lo somni de Sant Joan, música.—La coronación del Czar, por Juan Pérez Zúñiga, ilustrado por Fradera.—El golfo, por Juan P. Mencheta.—A una coqueta, por Eusebio Blasco, ilustrado por Cos-

ta.—El mundo al día, por A. Riera.—Cuentos, por Gascón.—Elba Champagne (cartel).

Número 118.—El rey de Inglaterra, por Santana Bonilla.—La agonía del Morrongo, historia de un gato.—El príncipe más rico, por Lorenzo V. Crespo.—José Campeny, por O. y G., ilustrado con fotografías.—Música descriptiva.—Exvoto regio, fotografía.—Totum revolutum, por Martínez Lecha.—Bibliografía, *Estrella Polar*.—El mundo al día, por A. Riera.—Asalto-Pini-Alession, ilustrado con fotografías.—«Lo Chic», modas.—Sátira á una dama, por Francisco Javier Godo.—Enanos célebres.—Confesión, por Eusebio Blasco.—Academia Hoyos (cartel).

Número 119.—Portada, por N.—Los duelos con pan son menos, por Utrillo.—El templo de la Sagrada Familia.—Cosas de Luceño, por el Bachiller Francisco de Estepa.—Epigrama, por Tomás Luceño.—El ramo de las tres naranjitas, por José Zahonero.—En las maniobras, por Fradera.—Totum revolutum, por Julio Martínez Lecha.—Cómo se hace un moro; A caza de un primo, por Ortiz.—El mundo al día, por A. Riera.—Cuento baturro, por Gascón.—Canelita, por A. Hernández Cid.—Cartel artístico, n.º 4, serie 3.ª

Número 120.—Portada.—*La Estrella Polar* entre témpanos de hielo.—Historieta, por Tur.—La caña, por J. Ortega Munilla.—Resurrección, por Leopoldo Alas (Clarín).—En pleno Carnaval, por Casanovas.—Las agencias teatrales, por J. B. Enseñat.—El mundo al día, por A. Riera.—Cómo se doblan las servilletas.—Totum revolutum, por Julio Martínez Lecha.—Las cosas claras, por Gascón.—Egloga fin de siglo, por Ricardo J. Catarineu.—Cartel artístico de *La Estrella Polar en el mar Arctico*.

Número 121.—Portada: Alegoría de Carnaval.—El hombre de experiencia, por A. Dumas (hijo).—Malas noticias, por Gascón.—Las tres gracias desgraciadas, por F. Moreno Godino.—El obrero en España; Verdad, por ***.—A Lesbia, poesía de Horacio, F. Rodríguez.—Marina tropical, poesía de J. Santos Chocano.—El mundo al día, por A. Riera.—Alegoría del Carnaval, por Poveda.—Totum revolutum, por J. Martínez Lecha.—Aclaración, por Fradera.—Bromitas de Carnaval, por Ortiz.—Cartel artístico, n.º 6, serie 3.ª

Número 122.—Portada, por V. Buil.—Quien con niños..., por Utrillo.—¡Cosas de ellas!, por M. Marsal y Mestre.—Adiós al Carnaval, por V. Buil.—El mundo al día, por A. Riera.—La mano de Belcebú, por José Zahonero.—Gente que vale.—*Pluma y Lápiz*, mazurka por J. Forns Olivella.—¡Caracoles! por V. Tur.—Cuentecillos, por M. Ossorio y Bernard.—Instantáneas interesantes.—Totum revolutum, por J. Martínez Lecha.—Historieta muda, por Gascón.—Cartel artístico, n.º 7, serie 3.ª

Número 123.—Portada, por N.—Problema resuelto, por Gascón.—Tristes actualidades.—Agen-

cias matrimoniales, por José Brissa. — Totum revolutum, por J. Martínez Lecha. — Lo Chic. — Una hormiguita, por Ricardo Monasterio. — Estudio fisiológico, El Pierrot. — Tentación, por Sinesio Delgado. — El mundo al día, por A. Riera. — Una broma de salón, por Tur. — Cartel artístico, n.º 8, serie 3.ª

Número 124. — Portada: Retrato de Zacconi. — El mayor monstruo los celos, por F. Moreno Godino. — Entretenimientos fotográficos. — Totum revolutum, por J. Martínez Lecha. — Temporada lírica, por O. y G., con ilustraciones fotográficas. — En Cuaresma, por Cabanellas. — El mundo al día, por Augusto Riera. — Bajo el tilo, poesía de Felipe Tejera. — Deseos, poesía de G. Díaz Mirón. — Cartel artístico, n.º 9, serie 3.ª

Número 125. — Portada: Alegoría de la Cuaresma, por V. Tur. — Un drama casero, por José Brissa. — Cómo se hace un bajá. — Cómo se hace un notario. — Cuentan que..., poesía de Sinesio Delgado. — Trata de blancas, por Juan B. Enseñat. — Totum revolutum, por J. Martínez Lecha. — Confiteor de un culto, por Angel R. Chaves. — ¡Cuidado con la mina! por V. Tur. — El mundo al día, por A. Riera. — Historieta, por Ortiz. — Cartel artístico, n.º 10, serie 3.ª

Número 126. — Portada: Tipo de belleza. — La piedra filosofal, por Camilo Millán. — La Rubio, por A. Cánovas del Castillo y Vallejo, ilustraciones de Santana Bonilla. — Tu pañuelo, por Horacio F. Rodríguez. — Totum revolutum, por J. Martínez Lecha. — Vida plástica, por Juan B. Enseñat. — A Salud, poesía de Francisco Javier Godo. — El mundo al día, por A. Riera. — Lo más duro, historieta, por Fradera. — Cartel artístico, n.º 11, serie 3.ª

Número 127. — Portada: Caricatura del rey de Servia. — Caricaturistas y caricaturas, por O. G. — Solemnidad deportiva, por N. — Totum revolutum, por J. Martínez Lecha. — Nota del día, por Casanovas. — Literatura filipina, por ***. — El mundo al día, por A. Riera. — La baraja, poesía de S. Rueda. — Cartel artístico, n.º 12, serie 3.ª

Número 128. — Portada, por Armengol. — La copa de veneno, por J. de Siles. — Vida popular. — El bebedor de cerveza, dibujo de Hassall. — Europa pintoresca, por A. Mascarenhas. — Crónica semanal, por J. Martínez Lecha. — Lieder, poesía de Ruben Dario. — La imaginación, poesía de Sinesio Delgado. — Desencanto, por Joaquín Segura. — La primavera, cuadro de Bisson. — La primera peseta, por Salvador Rueda. — El modelo preferido, dibujo de Casas. — Rubio y la Rodríguez, por M. Carretero, con ilustraciones fotográficas. Retrato de Isabel, por Juan de la Pezuela. El mundo al día, por A. Riera. — Batiburrillo.

Número 129. — Portada, por Mariano Foix. — Los canastos, por Clemente Palma. — Literatura americana, por ***. — «Sic semper», poesía de Ricardo Palma. — Antes del baño, dibujo de Casas. — El toque de oración, por M. del Corral. — La primera peseta, por J. Fernández Bremón. — Una tragedia, por Camilo Millán. — Edad dichosa, fotografía. — ¡Pobre Baldomero! historieta, por Sierra de Luna. — Fiebre, poesía de M. Siles Cabrera. — Calvario de Sagunto, cuadro de Rusiñol. — Germinal, por A. Cazabán. — Historieta muda, por Tabarra. Crónica semanal, por J. Martínez Lecha. — De ceca en meca, por F. Giraldo. — Batiburrillo.

Número 130. — Portada, por Alegret. — La canaria, por C. Gil, ilustrado por Alegret. — Una buena proporción para los lectores de PLUMA Y LÁPIZ, por R. Casas. — Los albaneses, por A. Riera. — Don Nicolás Salmerón y Alonso. — A ***, por F. Balart, orla de Puig. — Don Tancredo ó la serenidad ante todo, por V. Tur. — Las veladas de la Virgen. — El tiempo, por J. M. Bartrina, orla de Puig. — Mi-

niatura, por S. Delgado, orla de Sierra de Luna. — Crónica semanal, por Martínez Lecha. — La primera peseta, por Manuel Ossorio y Bernard. — Los dos mujeres, por A. Casañal Shakery. — Los desafíos, por Sierra de Luna. — Carmen, por A. Cazabán, ilustrado por Batlle. — Los mendigos, por Gascón. — Batiburrillo.

Número 131. — Portada. — El sol de la Bohemia ó la bohemia sin sol, V. — Una gracia de las tres gracias, por F. Moreno Godino, ilustraciones de Pujol Hermann. — Bajo relieve, por Juan Guerra Núñez. — Primavera, por el Marqués de la Vega de Auró, orla de Puig. — A la puerta del café, por Tomás Luceño, ilustración de Santana Bonilla. — La guerra en Marruecos, por A. Riera. — El caballero de la muerte, por Jacinto Benavente. — Angel ó demonio, por Cecilio Plá. — Literatura americana, por Román Mayorga Rivas. — Los tres velos de María, por Román Mayorga Rivas. — El día. La noche, cromotipias. — A Rosa, por Antonio Plaza, orla de Puig. — Dibujos de un solo trazo, por V. Tur. — La primera peseta, por A. Querol. — Crónica semanal, por Martínez Lecha. — Cuadro realista, por Juan de Dios Peza. — Fantasía sobre el Cake-Walk, por Ortiz. — El cicerone, por Alfredo Cazabán, ilustración de Cabanellas. — Batiburrillo. — El mercado de Valencia, por Rusiñol.

Número 132. — Portada: Lydia Cassnell. — Cafés conciertos, por A. Riera. — Los cafés conciertos en España, por M. de V. — Retratos de diferentes artistas de cafés conciertos. — Una estrella de café concierto, por Casanovas. — Carteles artísticos, por Grimm. — Foyer del Edén Concert. — Jugando al burro, por F. Cidón. — Dans le concert, por Ortiz. — La gorra, por C. Ossorio y Gallardo. — El género infimo, por Sierra de Luna. — La primera peseta, por Nilo M.ª Fabra. — Crónica semanal, por Martínez Lecha. — A una endolada, por Folch y Torres. — Batiburrillo. — Los primos.

Número 133. — Portada, por Mariano Foix. — Cartas de amor, por Prevost, ilustración de Pujol Hermann. — Golpe efectista, por Sierra de Luna. — Barcelona de noche: la salida del Liceo, por A. Casanovas. — Crónica semanal, por Martínez Lecha. — La primera peseta, por José Villegas. — El «Fox terrier.» — Estatua de Salamanca, por C. O. G. — Niñas y flores: Coquetería maternal, por Rocabert. — Al panal de rica miel, por Sierra de Luna. — Al mar, por Carlos Coello. — Una fuente de la Granja, Rusiñol. — Tus versos, por la Baronesa de Wilsson. — Las artistas en la intimidad, María López Martínez, por Carretero. — De retuque, por Ortiz. — Cartel del Diorama Boria Avall, por Cidón. — Las migas, por Cazabán y Cabanellas. — Cantábrica, por J. Guerra Núñez. — Batiburrillo. — La alta política, por Fradera.

Número 134. — Portada, por Ortiz. — La roquecita, por Guy de Maupassant, ilustración de Pujol Hermann. — La noche del sábado, por Ortiz. — La pantomima, por ***. — Retratos de Otello. — Nuevo Teatro Onofri. — El periodista, por F. M. Rivas. — Los dos crepúsculos, por M. Foix. — No hay mal que por bien no venga, por Ortiz. — Jefes de Estado de Europa. — Modas. — Mi devota, por Cazabán, ilustración de Cabanellas. — Interview con un trillonario, por A. Riera. — El mal genio, por Ortiz. — Amor salvaje, por J. Pérez Carrasco, ilustración de Moreno Durán. — Una de las nuevas entradas al puerto. — Crónica semanal, por Martínez Lecha. — Viaje al Polo. — Epigramas, por J. Solís Montoro. — Batiburrillo.

Número 135. — Tomando varas, por Horacio Lengo. — Una dehesa. — Carta histórica sobre el origen y progresión de las corridas de toros en España, por Nicolás Fernández de Moratín. — Retratos de toreros. — Corrida de toros en la plaza de un

pueblo.—Una fiesta de toreros.—¡Quietos... quietos!... por Sierra de Luna.—¡Hule! por S. Delgado.—¡A los toros! por Rumoroso.—Más vale ser gracioso que caer en gracia, por Sierra de Luna.—La prensa del oficio.—Los toros juzgados por los extranjeros, por A. Riera.—Curiosidades taurinas.—¡A los toros! por C. Ossorio y Gallardo.—La Roquecita, por Guy de Maupassant.—Quebrando un par, por E. Casanovas.

Número 136.—Siluetas femeninas, por Cidón.—Trilogía histórica catalana, con fotografías.—Intuición, por M. Avermalli.—Casi monólogo, por Dicenta, ilustración de Casanovas.—La Roquecita, por Guy de Maupassant.—Fantasías de sport, por Ortiz.—Carambola sucia, por Ortiz.—Informaciones periodísticas, por E. Labarta, ilustración de Tur.—Plafón decorativo.—Misericordia, por S. Rueda.—Nuestros Hacendistas, por Sierra de Luna.—Copito de nieve, con fotografías.—Una exposición de muñecas, fotografías de Ramos y Cobos.—Los poemas de Núñez de Arce, por Diuvaldo Salóm.—Crónica semanal, por Martínez Lecha.—Batiburrillo.—Bibliografía.—Correspondencia.

Número 137.—Saison de primavera, por Ortiz.—La Roquecita, por Guy de Maupassant.—Corpus Christi, por José M.^a Grau García.—El amor y la ciencia, por A. Riera.—En el concurso hípico, por Cidón.—Crónica semanal, por Martínez Lecha.—La carrera de la muerte, por V. Tur.—La vuelta al mundo en bicicleta por los señores Deulofeu y Argüello.—Milagro patente, por Sierra de Luna.—Buscando conchas.—La reina destronada, por Francos Rodríguez, ilustración de Serra Pausas.—La canción del naufrago, con fotografías.—El tenor, por Manuel Figuerola.—En el concurso hípico, por Sierra de Luna.—Periódicos de Madrid: *El Globo*, con fotografías, por O y G.—Los niños prodigiosos, por Sierra de Luna.—Batiburrillo.

Número 138.—Portada, por Cidón.—La tragedia de Belgrado, con fotografías.—Teresa Mariani y su compañía.—Retratos de Zampieri, Teresa Mariani y Paladini.—La Roquecita, por Guy de Maupassant.—El bolero, por A. Cazabán, ilustración de Cabanellas.—Una baturrada, por Gascón.—Dulce y sabrosa.—Un buen consejo (á un amigo,) por Ortiz.—Chismografías parisienses: la Otero desairada, por J. B. Enseñat.—Retrato de C. Otero.—Sorpresa, por V. Tur.—Los poemas de Núñez de Arce, por Diuvaldo Salóm.—Corpus, por A. Riera.—Capricho submarino, por Ortiz.—Los artistas en la intimidad: José Ontiveros, por M. Carretero, fotografías de Cao, Durán y Amador.—Batiburrillo.

Número 139.—Portada.—Concurso hípico internacional, por M. de V., fotografías de Ramos y Cobos y Ortioll.—Generosidad de Carlos V, por M. del Corral, adorno de Batlle.—La vida en el campo, por E. Niezky.—Lo chic.—El caballo, por M. Donoso Cortés.—La Roquecita, por Guy de Maupassant.—Soledad, por A. Cazabán, ilustración de Casanovas.—La jota rasgueada, por M. Berdejo.—Batiburrillo.

Número 140.—María Guerrero en «La Niña boba.»—Echegaray y la Guerrero, por J. Echegaray.—Díaz de Mendoza y Blasco, por E. Blasco.—Retratos de María Guerrero y Díaz de Mendoza.—Ensayo de conjunto.—La compañía Guerrero.—Mendoza en el Eldorado de Barcelona: Fotografías.—Escena VII, acto primero de *La Dama boba*.—Por qué usan impertinentes, por Santana Bonilla.—Acontecimiento literario.—Crónica semanal, por Martínez Lecha.—María Guerrero en *El Vergonzoso en palacio*.—La primera peseta, por Tomás Luceño.—Noche de verbena, por E. Casanovas.—Mujeres ilustres: la Condesa de Castellá, por O. y G.—Carreras de bicicletas en el Parque.—La Roquecita, por Guy de Maupassant.—La albahaca, por

S. Rueda.—El trebol de cuatro hojas, por A. Riera.—Festejos en Barcelona, fotografías de Ramos y Cobos.—Epigramas, por Solís Montoro.—Batiburrillo.

Número 141.—Luna de miel, por Sierra de Luna.—Los artistas en la intimidad; Isabel Brú, por Rosendo Asensio Mas.—La morfina, por Santiago Rusiñol.—Cree, poesía, por Juan de Dios Peza.—La primera peseta, por Tomás Bretón.—Aquelarre, historia, por Salvador Rueda.—Devoción gitana, por Alfredo Cazabán, ilustración de Casanovas.—Inventando una mentira; Brisas marinas, fotografías.—Chismografías parisienses, por Juan B. Enseñat, ilustración de E. Casanovas.—La fuga de Olózaga, por Dionisio Pérez.—La Cartuja de Jerez, fotografía.—¡Oh niña!, poesía, de A. Fernández García, ilustrado por V. Tur.—Crónica semanal, por Martínez Lecha.—Batiburrillo y pasatiempos.—Frase hecha, por Márquez.

Número 142.—Portada, por J. Amat.—Como amante y como padre, por E. Moreno Godino.—Cervantes, por Leopoldo Cano.—La dama blanca, por Sierra de Luna.—Crónica semanal, por J. Martínez Lecha.—Los restos de Verdaguer.—La cigarrera, poesía, de S. Rueda.—Rosa mística.—La vida del hombre malo, por J. Victor Tomey.—¡Que viene la góndola!—Amor, por A. Riera.—La señorita Perla, por Maupassant.—Los niños terribles, por Sierra de Luna.—Madrigal, por Horacio Rodríguez.—La limosna, música de Cotó.—La petite Otero. Los molinos de Montmartre, por J. B. Enseñat.—Batiburrillo.—Pasatiempos.

Número 143.—Portada: Retrato de Pérez Galdós.—La señorita Perla, por Maupassant.—Fiesta hípica, por Sierra de Luna.—Mariucha, por ***, con ilustraciones fotográficas.—Soneto de tauromaquia.—Impasible bondad, por A. Riera.—Crónica semanal, por J. Martínez Lecha.—Los inventos del siglo, por V. Tur.—Amor lazarillo, cuadro de Bisson.—Sacrificio, por J. Cruz Rivera.—Rosas del crepúsculo, por Carlos Ortiz.—Caricatura, por Sierra de Luna.—Un alcalde bien educado, poesía, de A. Casañal Shakery.—Delirium, por Angel de la Vega.—Nota patriótica.—La cuestión social.—Batiburrillo.—Pasatiempos.

Número 144.—S. S. León XIII, Portada.—León XIII, por A. Riera, ilustrado con 19 fotografías.—La muerte, soneto, de León XIII.—La señorita Perla, novela, de Guy de Maupassant.—Yo inocente en paz vivía, historieta, por Ortiz.—Resurrección, poesía, de Alfredo Porta.—En la taberna, por Julio Tomey, ilustrado por Ortiz.—El avaro, cuento, de Gascón.—Crónica semanal, por Martínez Lecha.—Batiburrillo.

Número 145.—A Valencia, por F. de Cidón.—PLUMA Y LÁPIZ á Valencia, por E. de Amicis.—Motivos valencianos, por Salvador Rueda.—Frasas célebres, por Ortiz.—Cartel anunciador de la feria de Valencia, 1903.—Mis amores en Valencia, por Salvador Rueda.—Sociedad coral humorística «L' Antigor».—La feria de Valencia, por José Zapter.—Testament, por Teodoro Llorente.

Número 146.—Flor andaluza, por F. Sans Castaño.—Madrid por horas, por José Brissa.—El honor, poesía, de Horacio Rodríguez.—Invento pedagógico, por Ortiz.—Margarita, poesía, de Carlos Ortiz.—Fernando Díaz de Mendoza, por Tur.—Cucaracha, por A. Riera.—A cada cual lo suyo, por Gascón.—Crónica semanal, por J. Martínez Lecha.—Un cementerio, cuadro de Rusiñol.—Sonatina, poesía, de Ruben Dario.—Los hombres del porvenir; Sudando para otros, fotografías de Labielle.—Fantasías de verano, historieta, por Ortiz.—Antonio González, por M. Carretero.—Para qué sirve el abanico, por Santana Bonilla.—Janua, poesía, de

José Cibils.—Anhelos, poesía, de Dulce María Borrero.—La señorita Perla, por Maupassant.—Frases célebres, por Ortiz.—Batiburrillo.—Pasatiempos.

Número 147.—Portada, por Sierra de Luna.—La voz del muerto, por A. Riera.—La moda, dibujos de Sierra de Luna.—El eterno pretendiente, por Ortiz.—¡Solo! poesía, de M. Berdejo Casañal.—*Vorrei morire*, poesía, de Bonifacio Byrne.—La pluma, por Concepción Gimeno de Flaquer.—Director interino, por Ortiz.—Los sports modernos, por Sierra de Luna.—S. S. Pio X, retrato.—Los traperos, por J. B. Enseñat.—La señorita Perla, por Maupassant.—25 de junio, por Antonio Plaza.—Los Humbert, información ilustrada, por Teufel.—Teoría disolvente, por Sierra de Luna.—Los juguetes, poesía, de Byrne.—Crónica semanal, por J. Martínez Lecha.

Número 148.—Portada, por Santana Bonilla.—Ojeada internacional, por Teufel.—Héroes, poesía, de José Cibils.—Amparo Taberner, por Manuel Carretero, con fotografías.—Los teatros, por Pedro Franco.—Amor imposible, poesía, de José Cibils.—Crónica semanal, por J. Martínez Lecha.—Historieta, de Tur.—¡Un poquito aneho! cuadro, de G. Puig.—Lo «chic».—La duquesa Job, poesía, de M. Gutiérrez Nájera.—Francisco Margotti, por Tolstoy.—El pelo de la dehesa, por Camilo Millán.—Cuadro helénico, poesía, de José Cibils.—Batiburrillo.—Correspondencia.

Número 149.—Portada, por F. de Cidón.—Los baños, por T. Ulloa, con ilustraciones.—Campesina, de José Cibils.—Las que se bañan, por Enrique Sepúlveda, ilustraciones de Casanovas.—*In riva al mare*, poesía, de G. Carducci.—La vida del ocio, poesía, de Sellés.—Historieta, por Sierra de Luna.—Preparativo de baño.—El cake walk.—Julia Sicard, con ilustraciones fotográficas.—Al pie de la letra, por Gascón.—Ojeada universal, por Teufel.—Epigramas, por José M.^a Solís y Montoro.—Desilusión, por Sierra de Luna.—La vuelta del veraneo, por Gascón.—Los teatros, por Pedro Franco.—Historieta, por Ortiz.—Batiburrillo.

Número 150.—Portada, por J. Arreal.—El Barrio Latino, por Juan B. Enseñat.—Mis paseos, poesía, de J. Asensio Aledo.—Cartel artístico número 15 de la 3.^a serie.—El arte en el café-concierto, por E. Gómez Carrillo.—Ojeada universal, por Teufel.—Damas ilustres: Blanca de los Ríos.—Astucia y fuerza, escultura de Alsina.—Caricatura, de Montagut.—Un complot, por José Brissa.—Los teatros, por Pedro Franco.—Diversiones públicas, por Sierra de Luna.—Pasatiempos infantiles.—Los tres ladrones, por Tolstoy.—Artistas, por F. Pi y Margall.—Escuelas literarias, por Mallarmé.—Batiburrillo.—Correspondencia.

Número 151.—Portada, por Miguel.—Turquía y Macedonia, por Manuel H. Ayuso, con ilustraciones fotográficas.—¡Fidelidad! por Antonio Ugarte.—A España, poesía de F. Flores Galindo.—Una odalisca, cuadro de Masriera.—Ojeada universal, por Teufel.—Intermezo, por la Condesa del Castellá.—Cuento baturro, por Gascón.—La parada, por J. Valero de Tornos.—Los teatros, por Pedro Franco.—Nuevas costumbres, por Xiró.—Batiburrillo.—Correspondencia.

Número 152.—Portada: retrato de Wagner.—El rey del garbanzo, por F. Luis Obiols.—El buen mozo, historieta por Sierra de Luna.—La hora fatal, dibujo de Sierra de Luna.—Los decadentistas, por Baudelaire.—Crónica semanal, por J. Martínez Lecha.—La conquista del tiempo, por José Echegaray.—Los teatros, por Pedro Franco, con ilustraciones fotográficas.—Ojeada universal, por Teufel.—Música alusiva, por Fradera.—Carolina Invernizio, por A. B.—Historieta gráfica, por Tur.—Rimas,

por Federico Flores Galindo.—Batiburrillo.—Correspondencia.

Número 153.—Portada: Cogida infraganti.—Por caridad y patriotismo, de María de Echarry, ilustración de Pujol.—De la vida, poesía, por Florencio Vilaseca.—Artistas en la intimidad: la triple americana, por Manuel Carretero, ilustrado con fotografías.—Canción al César, poesía, por Juan Oliva Bridgman.—Ojeada universal, por Teufel, ilustrado con 7 fotografías.—Los teatros, por Pedro Franco, ilustrado con 7 grabados.—Paul Verlaine, por E. Gómez Carrillo, y una fotografía.—Responso á Verlaine, poesía, por Rubén Darío.—Mi sueño familiar, poesía de Rafael Alba.—Crónica semanal, por Martínez Lecha.—Por la Sirena de Juan Alsina, ilustrado de Santana Bonilla.—Ruinas del corazón, poesía, por Francisco Coppée.—Miniatura, versos, por Sinesio Delgado.—Un miedoso, historieta, por Ortiz.—Batiburrillo.

Número 154.—Portada: retrato de Beethoven.—Eclipse de Guyón, por F. Moreno Godino.—Nouveautés, por Julio Víctor Tomey.—Página de Album, por José López de Maturana.—Crónica semanal, por J. Martínez Lecha.—La colonia italiana, fotografía.—Evocación, poesía de Amado Nervo.—Ojeada universal, por Teufel.—José de Siles, retrato.—El canto del presidiario, poesía de José de Siles.—«El Diario de Pontevedra» información y retratos de sus redactores.—Historieta gráfica, por Ortiz.—Los teatros, por Pedro Franco.—Los dioses del Olimpo, por Ortiz.—Correspondencia.

Número 155.—Lo de todos los días: portada de Cidón.—Psicológica, por C. Prieto Costa, ilustración de Henrich.—Epigramas, por J. M. Solís y Montoro.—Los teatros, por Pedro Franco, con fotografías del Trío Moreno.—En el álbum de María, por Ester Cullen, H. F. Rodríguez.—Anécdotas célebres, por F. Xumetra.—La mejor hermosura, J. Víctor Tomey, ilustrado por Ortiz.—Un cigarro aprovechado, por Sierra de Luna.—A Núñez de Arce, por H. F. Rodríguez.—* * *, por A. Pérez Nieva, orla de Puig.—Venganza española, por Carolina Invernizio, ilustrado por Pujol Hermann.—¡Buena pesca! por Sierra de Luna.—La vida conyugal, dibujo de Moreno Durán.—Ojeada universal, por Teufel.—Las aves en el porvenir, por V. Tur.—Batiburrillo.

Número 156.—Portada: En el parque, por Sierra de Luna.—El parque de Barcelona, información gráfica.—Contrastes, por Ortiz.—Princesita del hogar, poesía por Román Mayorga.—La caza de colillas con reclamo, por V. Tur.—Dulces murmullos, cuadro de José M.^a Marqués.—La maga de mis sueños, poesía de Juan Valera.—La cleptomanía, por V. Tur.—Ojeada universal, por Teufel.—Los teatros, por Pedro Franco.—Los ancianos, poesía de Jerónimo J. Reina.—Crónica semanal, por Julio Martínez Lecha.—Historieta, por Ortiz.—Correspondencia.

Número 157.—Portada: Chopín.—El sol de la Bohemia, por F. Moreno Godino, ilustrado por Pujol.—Reflexión, poesía, por E. Cabezón.—Desquite, por Carolina Invernizio.—Los dos sordos, por Ortiz.—Crónica semanal, por Martínez Lecha.—Prisiones de personas decentes, por Dionisio Pérez.—Cómo se hacen las modas, historieta en seis grabados, por Sierra de Luna.—Los teatros, por Pedro Franco, ilustrado con cinco grabados.—Diversiones públicas, caricaturas por Sierra de Luna.—Cantares, por Melchor de Palau.—El Paseo de Gracia, dibujo de A. Casanovas.—Zaragoza al Rey, ilustrado con cuatro grabados.—Blasón, poesía de J. Guerra Núñez, orla de Puig.—Ojeada universal, por Teufel, ilustrado con 6 grabados.—Mi único amor, por A. B. C.—Una consulta, cuento por José M.^a Grau García, ilustración de Ortiz.—Batiburrillo.

Número 158.—Los grandes maestros: Joaquín Rossini.—Amor de ultratumba, por C. Millán, ilustrado por A. Casanovas.—La canción del mendigo, por J. L. de Maturana.—Historial de la prensa: *La Vanguardia*, ilustrado con fotografías.—Croquis militares, por R. Fradera.—Sonetos, por C. Ossorio y Gallardo.—Una historia que parece un cuento, por Pompeyo Gener.—Martingala conyugal, por V. Tur.—Mundología, por V. Tur.—La poética de Ariscúrsiles.—Fiesta republicana, con fotografías de Merlètti.—Los teatros, por Pedro Franco.—Crónica semanal, por Martínez Lecha.—Ojeada universal, por Teufel.—Cantares, por M. de Palau.—Un rapto, por Sierra de Luna.—Batiburrillo.—Cambio de expresión, por Sierra de Luna.

Número 159.—Portada: Coincidencias, por Sierra de Luna.—Tres etapas, por Juan B. Enseñat, ilustraciones de Santana Bonilla.—Piropos, dibujo de Sierra de Luna.—Los teatros, por Pedro Franco, con ilustraciones fotográficas.—Cantares, por Melchor de Palau.—Milagros del automovilismo, por Sierra de Luna.—La papelera de López Cepero, por Dionisio Pérez.—Proposiciones, por Fradera.—¡Tonto! por Alcides Arguedas.—Un hijo sabio, por Tolstoy.—Ojeada universal, por Teufel.—Crónica semanal, por Julio Martínez Lecha.—Etapas de una mujer galante, por V. Tur.—Correspondencia.

Número 160.—Los grandes maestros: Mozart.—La señora, por Alberto Carrasco, ilustrado por Ortiz.—Mística, por J. Guerra Núñez.—Artistas en la intimidad: Antonia Fernández, por M. Carretero, con fotografías.—Crónica semanal, por Martínez Lecha.—La caída de las hojas, por V. Buil.—Una lumbrera, por Pérez Zúñiga, ilustrado por Ortiz.—Los limbos, por J. de Siles.—Salambó, por J. Guerra Núñez.—Ojeada universal, por Teufel.—El valor de una lágrima, por F. Flores Galindo.—Los teatros, por Pedro Franco, con fotografía de Coquelín.—Pro patria, por A. Riera.—A una dama, S. Rueda.—Reflejos de amor, por A. C. Corral.—La epístola de San Pablo, por Sierra de Luna.—Batiburrillo.

Número 161.—Portada: Bellini.—El sol de la Bohemia, por F. Moreno Godino, ilustraciones de Pujol.—Al infinito amor, poesía, por Ricardo Jaimes Freire, ilustraciones de V. Tur.—Artistas en la intimidad: Carmen Calvo, por Ramón Asensio Mas, ilustrado con cinco grabados.—Los teatros, por Pedro Franco.—Las dos esquelas, poesía, por Federico Flores Galindo.—Ellas, caricaturas, de Sierra de Luna.—Ojeada universal, por Teufel, ilustrado con cinco grabados.—Señas mortales, caricatura, por Ortiz.—La obediencia, por A. Riera, ilustración de E. Casanovas.—Macabra, poesía, de Juan Guerra Núñez.—A una francesa, por Juan Guerra Núñez.—Crónica semanal, por Martínez

Lecha.—Deseo cumplido, caricatura, por V. Tur.—A Salvador Rueda, soneto, por Eduardo L. Arengo.—La canción de las vírgenes, por José de Siles.—Batiburrillo.

Número 162.—Cubierta: retrato de Paganini.—¡Vino aguado!, por F. Moreno Godino.—Nuestra «High-Life», por M. Díaz.—Julián Fuentes, por Manuel Carretero.—Angamos, poesía, por Adolfo Saurre.—Cuento baturro, por Gascón.—Cartas de un clavel, por Manuel Martín Carrascal, ilustraciones de Ortiz.—Ojeada universal, por Teufel.—La perla negra, poesía, de José Fiansón.—Los teatros, por Pedro Franco.—En el monasterio de Piedra, poesía, de Gaspar Núñez de Arce.—Crónica semanal, por J. Martínez Lecha.—Plana gráfica, por Tur.—Correspondencia.

Número 163.—Portada: retrato de Gluck.—El brasero, por Carlos Ossorio Gallardo.—Día nefasto, por F. Moreno Godino.—Anécdotas taurinas, por M. Moliné.—Camafeos, por E. Gómez Carrillo.—Cuento baturro, por J. Brández.—Crónica semanal, por J. Martínez Lecha.—Nidos vacíos, por Cátulo Méndez.—Ojeada universal, por Teufel.—Los inventos modernos, por Ortiz.—Nacimiento del Mesías, poesía, por F. Flores Galindo.—Los teatros, por Pedro Franco.—Humoradas, por Ortiz.—Correspondencia.

Número 164.—Los grandes maestros: Meyerbeer.—Mañanas de diciembre, por A. Cazabán, ilustrado por Cabanellas.—Crónica semanal, por Martínez Lecha.—Prisiones de personas decentes, D. Joaquín Lorenzo Villanueva, por D. Pérez.—*Mi ser adorador...*—por eso elegí..., por V. Tur.—Confesión íntima, por Sierra de Luna.—Herbert Spencer, con retrato.—La primera visita, por Ortiz.—El secreto, por F. Flores Galindo.—Cuento baturro, por Gascón.—De ceca en meca; Rafael Atché, por F. Giraldo, con fotografías.—Episodio casero, por T. Febres Cordero.—Hoy los tiempos adelantan, por Ortiz.—Los teatros, por Pedro Franco.—Bueno, no os peleéis..., por Ortiz.—Ojeada universal, por Teufel.—El llanto, por F. Flores Galindo.—Caballos célebres, por Ortiz.—Represalia, por F. Trujillo de Miranda.—A mi estrella, por A. Valero Martín.—La última duda, por A. Valero Martín.—Batiburrillo.

Número 165.—Cubierta.—Chismografías parisienses, por J. B. Enseñat.—Cartel ilustrado.—La caza mortal, por A. Riera.—Preocupación, por V. Tur.—Las ideas, por O. V. Andrade.—Fantasía medioeval, por Poveda.—El sombrero, por Ortiz.—Página religiosa.—La salsa del besugo, por E. Peláez Maspons.—San José de la Montaña.—Consulta médica, por Ortiz.—Índice.